

Catherine Millet

La vida sexual
de Catherine M.

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
La vie sexuelle de Catherine M.
© Éditions du Seuil
París, 2001

*Publicado con la ayuda del Ministerio francés de Cultura -
Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Jacques Henric

Primera edición: noviembre 2001
Novena edición: enero 2010
Primera edición impresa en Argentina: septiembre 2015

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2001
© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2001
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6952-1
Depósito Legal: B. 1696-2010

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Arcángel Maggio División Libros - Buenos Aires

1. El número

De niña, me preocupaban mucho las cuestiones de número. Es nítido el recuerdo que conservamos de los pensamientos o de las acciones solitarias durante los primeros años de la vida: son las primeras ocasiones que tiene la conciencia de presentarse ante sí misma, mientras que a los acontecimientos compartidos con otros los envuelve la incertidumbre de los sentimientos (admiración, temor, amor o aversión) que nos inspiran los demás y que los niños son aún menos capaces de discernir y hasta de comprender que los adultos. Así pues, me acuerdo especialmente de las reflexiones que todas las noches, antes de adormecerme, me inducían a una escrupulosa actividad de cómputo. Poco después del nacimiento de mi hermano (yo tenía entonces tres años y medio), mi familia se trasladó a un apartamento nuevo. Durante los primeros años que lo ocupamos, mi cama estuvo instalada en la habitación más grande, enfrente de la puerta. No conciliaba el sueño hasta que, fi-

jando la mirada en la luz que venía de la cocina, al otro lado del pasillo, en la que mi madre y mi abuela trajinaban todavía, había examinado, una tras otra, estas cuestiones. Una de ellas atañía al hecho de tener varios maridos. No a la posibilidad de semejante tesitura, que parece ya admitida, sino, por supuesto, a sus condiciones. ¿Una mujer podía tener varios maridos al mismo tiempo o solamente uno después de otro? En este último caso, ¿cuánto tiempo debía estar casada con uno antes de poder cambiarlo? ¿Cuántos era «razonable» que tuviese: unos cuantos, unos cinco o seis, o bien un número mucho más grande, incluso ilimitado? ¿Qué haría yo cuando fuese mayor?

A lo largo de los años, el cálculo de los hijos suplantó al de los maridos. Supongo que, como ya podía verme sometida al influjo de un hombre identificado (sucesivamente: actores de cine, un primo hermano, etc.), y centrar mis ensueños en sus facciones, estaba quizá menos expuesta a la incertidumbre. Imaginaba de forma más concreta mi vida de casada y, por consiguiente, la presencia de niños. Se repetían, sensatamente, las mismas preguntas: ¿seis era el número «razonable» o se podían tener más? ¿Qué diferencia de edad podía haber entre cada uno? Luego hacía el reparto entre chicas y chicos.

No puedo rememorar estas cavilaciones sin asociarlas con otras obsesiones que me ocupaban en los mismos momentos. Había establecido con Dios una relación que me obligaba a alimentarla todas las noches, y la enumeración de los platos y de los vasos de agua que le hacía llegar por medio del pensamiento

—cuidando de la cantidad justa, del ritmo de la transmisión, etc.— se alternaba con esos interrogantes sobre el modo de poblar de maridos e hijos mi vida futura. Yo era muy religiosa, y no es imposible que la confusión con que percibía la identidad de Dios y de su Hijo propiciara mi inclinación por las actividades de cálculo. Dios era la voz tonante que llamaba a los hombres al orden sin mostrar su rostro. Pero me habían enseñado que Él era al mismo tiempo el muñequito de yeso rosa que yo colocaba todos los años en el belén, el infeliz clavado en la cruz ante la cual se reza —sin embargo, uno y otro eran también su Hijo—, y asimismo una especie de fantasma llamado Espíritu Santo. Por último, yo sabía que José era el marido de la Virgen y que Jesús, aun siendo Dios e hijo de Dios, le llamaba «Padre». La Virgen, por su parte, era sin duda la madre de Jesús, pero a veces decían que era también su hija.

Al llegar a la edad de asistir el catecismo, un día le pedí al cura una entrevista. El problema que tenía que exponerle era el siguiente: yo quería ser religiosa, «casarme con Dios» y partir de misionera a África, donde pululaban las poblaciones desnutridas, pero también deseaba tener maridos e hijos. El cura era un hombre lacónico que juzgó prematura mi inquietud y cortó en seco la entrevista.

Hasta que nació la idea de este libro, nunca había pensado demasiado en mi sexualidad. Sin embargo, era consciente de haber tenido relaciones múltiples a una edad precoz, lo que no es muy habitual, sobre todo en las chicas, al menos en mi medio so-

cial. Perdí la virginidad a los dieciocho años —lo cual no es especialmente pronto—, pero participé por primera vez en *partouzes*¹ en las semanas siguientes a mi desfloración. No fui yo, naturalmente, la que entonces tomó la iniciativa, pero sí la que precipitó la situación, algo que para mí sigue siendo inexplicable. Siempre he considerado que las circunstancias habían puesto en mi camino a hombres aficionados a hacer el amor en grupo o a mirar a su compañera haciendo el amor con otros hombres, y la única idea que tenía de mí misma en esta materia era que, siendo de natural abierta a las experiencias y no viendo en ellas ninguna traba moral, me había adaptado de buena gana a las costumbres de mis compañeros. Pero nunca he extraído teorías al respecto, ni he sido nunca, por tanto, una militante.

Éramos tres chicos y dos chicas y acabábamos de cenar en un jardín sobre una colina que dominaba Lyon. Yo había ido a visitar a un muchacho al que había conocido poco antes, con ocasión de una estancia en Londres, y había aprovechado el coche del novio de

1. Esta palabra, de uso común en francés (y cuya invención se atribuye al escritor Victor Margueritte, 1866-1942), no tiene una equivalencia exacta en español: ni orgías, ni sexo en grupo, ni promiscuidad colectiva, ni cama redonda designan con propiedad lo que es una *partouze*: fiesta libertina o reunión sexual de muchas personas que puede incluir a la vez o por separado todas las modalidades de actividad antedichas. A lo largo del libro reaparecerá el vocablo, aunque no todas las veces en que lo emplea la autora: en ocasiones vale decir «orgías» en general, o «sexo en grupo». (*N. del T.*)

una amiga, André, lyonés también, para bajar desde París. En el trayecto, como le había pedido que parásemos para hacer pis, André se acercó para mirarme y acariciarme mientras yo estaba en cuclillas. No era una situación desagradable, pero me daba un poco de vergüenza, y quizá fue en aquel momento cuando aprendí a salir del apuro impulsando la cara hacia la entrepierna y apresando la polla con mi boca. Al llegar a Lyon, me quedé con André y nos instalamos en la casa de unos amigos suyos, un chico que se llamaba Ringo y vivía con una mujer mayor que él a quien pertenecía la casa. La mujer estaba ausente y los chicos aprovecharon para organizar una pequeña fiesta. Vino otro chico acompañado de una chica espigada y de pelo muy corto y espeso, un poco masculina.

Era junio o julio, hacía calor y alguien sugirió que todos deberíamos desvestirnos y lanzarnos juntos a la gran piscina. Oí la voz de André gritando que su amiguita no sería la última en hacerlo, un poco asfixiada porque en efecto yo ya tenía la camiseta por encima de la cabeza. He olvidado a partir de qué fecha y por qué razón había dejado de llevar ropa interior (siendo así que mi madre me obligaba a llevar, desde los trece o catorce años, sujetador con aros y braga faja, so pretexto de que una mujer «debe guardar la compostura»). Lo cierto es que casi inmediatamente me encontré desnuda. La otra chica también empezó a desvestirse, pero al final nadie se metió en el agua. El jardín estaba al aire libre; por eso, sin duda, las imágenes que me vienen a continuación a la memoria son las de la habitación, yo en el hueco de una

cama alta de hierro forjado, viendo a través de los barrotes nada más que las paredes intensamente iluminadas, y adivinando a la otra chica tendida sobre un sofá en un rincón del cuarto. André me folló el primero, con la lentitud y la tranquilidad habitual en él. Luego se interrumpió bruscamente. Me invadió una inquietud inefable, que duró sólo el momento en que vi que se alejaba, caminando despacio y con los riñones hundidos, hacia la otra chica. Ringo vino a ocupar su sitio sobre mí, mientras que el tercer chico, que era más reservado y hablaba menos que los otros dos, acodado cerca de nosotros recorría con su mano libre la parte superior de mi cuerpo. El de Ringo era muy distinto del de André y me gustaba más. Era más grande, más nervioso, y Ringo era de los que separan la labor en la pelvis de la del resto del cuerpo, que martillean sin cubrirte, con el torso erguido a pulso sobre los brazos. Pero André me parecía un hombre más maduro (era, en efecto, mayor; había estado en la guerra de Argelia), tenía las carnes un poco más fofas y los cabellos un poco más despo- blados, y me agradaba dormirme enroscada contra él, las nalgas contra su vientre, y le decía que mis proporciones eran perfectas para eso. Ringo se retiró y el que miraba y me acariciaba ocupó su lugar, mientras yo aguantaba desde hacía rato unas ganas terribles de orinar. Tuve que ir. El chico tímido se sintió despechado. Cuando volví estaba con la otra chica. Ya no sé si fue André o Ringo el que tuvo la precaución de decirme que solamente había ido a «terminar» en ella.